

responsabilidad de ella.

Don Hernando de Rojas Sandoval y su esposa, doña Catalina Medrano Bravo de Laguna, en la primera mitad del siglo XVI, se erigieron en patronos de las dos capillas del crucero, construidas a sus expensas y dedicadas a la Purísima Concepción de María (la del lado del Evangelio), y a los santos Sebastián, Fabián y Roque (en el lado de la Epístola). Algo después, este mismo matrimonio fundó y dotó espléndidamente una nueva capilla en el crucero, puesta bajo la advocación de San Antonio para la que mandaron hacer casullas y un terno, y regalaron tapices, frontal de altar, sabanillas, cáliz y vinajeras.

Ordenaron también la colocación en su portada de una buena reja, que suponemos en la mejor línea del renacimiento seguntino y, finalmente, dejaron encargada la talla de sendas estatuas yacentes que en dicha capilla de San Antonio cobijaran, in aeternis, sus cuerpos en blanca materia alabastrina transmutados. Si se llegaron a hacer tales estatuas funerarias es cosa que se ignora, aunque contando con muchas probabilidades de que así fuera.

Y aún mandaron estos señores, en un afán de terminar y engrandecer el edificio religioso de San Francisco, en su villa de Atienza, la erección de una portada principal, el cambio de estructura del coro, y muchos otros pequeños detalles que harían interminables esta noticia.

Por el mismo documento citado, también sabemos que el hermano de doña Catalina, llamado García Medrano Bravo de Laguna, se encargó del patronato de la capilla mayor del templo así nuevamente remozado.

Era ese el momento cumbre del monasterio franciscano. Poco tiempo antes, en 1507, siendo regente de Castilla fray Francisco Ximénez de Cisneros, fue declarado Real convento este de Atienza, y nombrado su Guardián o Superior como Regidor Decano de la Villa, con dos votos en los Ayuntamientos, designación de persona para sustituirle en el puesto concejil siempre que lo creyera conveniente, y algunas otras preeminencias que venían a demostrar el alto poder que los frailes tenían en el regimiento de la alta villa atencina.

Las nobles familias del lugar, que cada vez menguaban más alarmantemente, se preocupaban de estar a bien con ellos. Fue esta de los Bravo de Laguna la que con mayor fervor les ayudó en este siglo XVI que comentamos.

Después de esto y aun con las visitas que diversos reyes de España hicieron a la casa, Felipe II en 1592, estuvo en Atienza al regreso de las cortes de Tarragona; Felipe III y en 1660 su hijo Felipe IV. En 1706 descansó algunos días en el convento franciscano el primer rey Borbón, Felipe V.

La estrella del monasterio fue decayendo, alcanzando su grado máximo la noche del 7 de enero de 1811 en la que las tropas napoleónicas devastaron casi hasta sus cimientos la residencia de los religiosos y el templo, siendo por entonces cuando desaparecerían cuantas joyas artísticas habían legado a la posteridad los Bravo de Laguna.

Sirvan pues estas líneas de breve recordanza de un tiempo ido, de unas cosas habidas y ya sujetas al eternal retorno.